

LXXVII.

El codicioso y el tramposo.

Ludovico Velletri habitaba en un miserable cuarto bajo de una casa de vecindad situada en la calle de S. Felipe Neri. Un banco de cama sin cabecera ni rodapié y sobre el cual habia un delgado colchon cubierto con una mala frazada y una almohada forrada de cotí sin funda, dos ó tres sillas de madera blanca y asientos de tule, una percha y una mesa de la misma materia que las sillas, componian el mas que modesto ajuar del italiano.

Nuestros lectores, que están, como nosotros, al tanto de la inesperada fortuna que le deparó la suerte cuando era inquilino del cuarto que perteneció al Cura en la casa del tío Antonio, extrañarán sin duda tanta pobreza que para ellos no puede tener otro origen que una extremada avaricia ó la pérdida de aquella cuantiosa fortuna.

Creemos haber indicado ya, y conviene á nuestro propósito insistir ahora en ello para la mejor inteligencia de nuestra his-

toria que las desgracias imprevistas y terribles que habian puesto á prueba el valor y el sufrimiento del antiguo sacristan de la Misericordia habian concluido por turbar su razon; entre las ideas extrañas que agitaban su cerebro, y que sin pervertir su alma habian acabado por cambiarle de tal modo que sofocados sus mejores instintos llegó á ser el ejecutor de las venganzas masónicas, dominaba sin embargo una idea fija que perseguia incesantemente, la de encontrar á Mario.

Tenia fé en que mas tarde ó mas temprano hallaria al hijo de Marietta, y sujetándose á inauditas privaciones guardaba para él la fortuna que indirectamente le legara el Cura, y que, en su concepto, tocaba de derecho á Mario, puesto que el gefe de los parroquianos de la Espigada habia sido uno de los autores del robo que arruinó al señor Gonzaga.—Convertida aquella fortuna en títulos al portador expedidos por el banco español de S. Fernando, era para Ludovico como si no existiera, y guardada en una cartera que nunca le abandonaba, aguardaba la aparicion de su legítimo dueño.

La impaciencia de Manuel por vengarse de Mauricio no le permitió aguardar el dia para que habia citado al italiano, y despues de su conferencia con María se dirigió apresuradamente á buscarle.

Ludovico se hallaba en su cuarto con la puerta entreabierta, tendido á la bartola en su cama, soñando despierto en aquellos felices dias de Pésaro, cuando su corazon era puro y bondadoso, cuando no tenia otro pensamiento que entretener á la vieja Marta, jugar con el niño Mario y agradar á Marietta; lágrimas de ternura brotaban de sus ojos y caian sobre la almohada; sentia su corazon dilatado por el placer, y estaba olvidado completamente del mundo. De pronto se nubló su frente, sus ojos brillaron con furor extraño, y con los puños crispados de rabia se incorporó en la cama.

—¡Le volvería á matar!—exclamó.

El recuerdo de Fernando habia venido á tender un velo negro sobre el risueño cuadro con que se acababa de recrear la imaginacion del italiano. Por una lógica sucesion de ideas, Ludovico llegó á su situacion del momento y pensó en Mauricio:

—¡Pobre muchacho!—se dijo—no puedo explicarme por qué hay momentos en que le abrazaria de mil amores, y otros en que le estrangularia de mejor gana ¡si fuera él!..... pero ¡quiah! es imposible, ya le habria yo reconocido; y luego el nombre ¡Mauricio! Es cierto que lleva el apellido de aquel hombre..... ¡rara casualidad!..... ¡hay tantos Gonzagas en Italia!..... si está condenado á morir por mi mano..... ¡seria gracioso!—continuó, ya en un acceso de locura—¡otro Gonzaga mas!.... y este me costará ménos trabajo que aquel.... ¡per Baco! y que fuerzas tenia ese furioso; si no acierto á hundirle su propio puñal en el pecho, ¡poveretto Ludovico!..... ¡Qué noche aquella, Santa Madonna! La sombra de la vieja Marta vagaba por las ruinas buscando el achicharrado cadáver de su dueña..... acaso ella guió mi mano..... ¡qué es lo que tengo aquí?—siguió, cada vez mas exaltado, llevándose la mano á la frente—sangre, sangre caliente; es de Fernando, sangre española, por eso la siento así, hierve como la lava del Vesubio..... que nadie la vea..... es preciso limpiarla; ¡pero con qué? no hay en el mundo agua bastante para quitar esta mancha; cumpla yo mi juramento y la Santa Madonna la borraré en el cielo. ¡La Santa Madonna! ¡el cielo!..... ya no existen para mí..... soy un réprobo..... he matado á mis hermanas..... ¡perdon, madre, perdon!.....

El desgraciado Ludovico se dejó caer de nuevo desfallecido en su lecho.

Padecia con frecuencia esos terribles accesos que habian

acabado por volverle sombrío y melancólico; su odio á los hombres se aumentaba diariamente, la injusticia y la fatalidad le habian reducido á tan lastimoso estado; hundido en el abismo del crimen, necesitaba una mano en que apoyarse para salir de él; oscurecida su razon le era indispensable una luz que le guiara en el dédalo de tinieblas en que se hallaba extraviado, y léjos de encontrar ese apoyo y esa luz, habia una mano que le señalaba donde debia herir y un soplo fatídico que apagaba hasta el último destello de su inteligencia.

Esa fatalidad terrible que pesa sobre ciertos hombres no se puede explicar de otro modo que conviniendo en una existencia anterior, cuyas consecuencias, malas ó buenas, venimos á sufrir en esta. Cuando vimos por vez primera á Ludovico en la iglesia de la Misericordia ayudando á la vieja Marta á levantarse, cuando le encontramos á poco llorando amargas lágrimas sobre el cadáver inanimado y chorreante de Marietta, estábamos muy léjos de pensar que tan simpático personaje llegaria á ser el terrible instrumento de que los malos masones se valieran para sus venganzas; era necesaria una complicación de los acontecimientos tal como la que hemos visto en esta historia para una metamorfosis tan extraña. ¡Quién sabe! acaso de mundo en mundo y confundida con deleznables materias cruza el alma un largo camino de pruebas para identificarse despues, completamente purificada, con la divina esencia de que emana!

Una especie de somnolencia se apoderó de Ludovico despues de su delirio; era lo que le acontecia siempre; pasados esos momentos de agitacion terrible que todos los dias le atormentaban quedaba en un estado de caimiento tal que parecia hallarse dormido.

Algunos golpes dados á la puerta le hicieron estremecer; pero sus ojos permanecieron cerrados, y no hizo movimiento

alguno para levantarse; á poco sonaron mas fuertes y continuados los golpes como si la persona que llamaba se impacientara, y el italiano pareció despertar de un profundo sueño. Paseó una mirada extraviada por todo el cuarto, se incorporó en el lecho, y á nuevos golpes mas repetidos y ruidosos que los anteriores se levantó y se dirigió á la puerta que abrió.

Manuel estaba en su presencia.

—¡Tanto honor!..... —murmuró Ludovico, avergonzado de no tener un palacio en que recibir al opulento mason.

—Acaso he venido á importunar á vd., señor Velletri—dijo Manuel saludándole afectuosamente—pero mi solicitud porque la sociedad obtenga plena reparacion de los agravios que le infieren los malos masones me obliga á anticiparme á nuestra cita.

—Vd. no puede importunar jamas, señor D. Manuel, y si no fuera por la mortificacion que me causa recibir á vd. en semejante chiribitil, crea vd. que este seria el dia mas feliz de mi vida.

—Gracias, señor D. Luis; donde quiera que vd. viva su presencia hace olvidar lo pobre de la casa.

Ludovico hizo una inclinacion.

Sentáronse los dos interlocutores en la cama, que hacia veces de sofá, y Manuel continuó:

—Como quedamos ayer, he cuidado de averiguar lo que hay de cierto en la traicion de Mauricio, y puedo asegurar á vd. que es evidente.

—¡Es posible!—exclamó Ludovico palideciendo.

—Como vd. lo oye, señor Velletri, esa muchacha sabe nuestros secretos y me los ha comunicado con un donaire soberano.

—¡Qué imprudencia!

—Si vd. quiere asegurarse por sí mismo.....

—No es necesario, con que vd. lo diga es bastante.

—Sin embargo, puede ser que mi celo me extravíe; me ocurre una idea para que vd. se cerciore.

—¿Cuál?

—¿Se le habrá mandado ya á Mauricio la plancha que se acordó en la tenida de anoche?

—Nó, porque yo la recogí para esperar resultas.

—Pues nos viene como de molde.

—¿Para qué?

—Oiga vd., señor Velletri, lo que he pensado, y me dirá lo que le parece. Creo que seria bueno que vd. en persona llevara esa plancha mañana á casa de Mauricio, cuidando de hacerlo en momentos en que no esté en ella, para entregársela á María; luego que ella sepa que va vd. de la logia le dará el tocamiento y le dirá la palabra de pase si vd. se lo exige para entregarle el pliego.

—Lo creo porque vd. me lo dice.

—Eso le probará á vd. el grado á que ha llegado la traicion de Mauricio; esa clase de traicion es la que con mas severidad debe castigarse, pues merced á ella podemos ser sorprendidos por los profanos en nuestros trabajos.

—Tiene vd. razon.

—Luego que vd. adquiera la conviccion de que mis informes son exactos, procederá de la manera que le inspire su celo por el cumplimiento de sus deberes.

—Repito á vd. que ni por un momento dudo de lo que me asegura, y en cuanto á lo que debo hacer, salvo la opinion de vd., es pedir que se le aplique la pena á que él mismo se condenó al prestar su juramento de maestro.

—¿Qué es la muerte para la traicion? Creia yo que habia vd. convenido conmigo en que pediria la persecucion. Siempre habrá tiempo de condenarle á muerte.

—Pero de qué manera puede aplicársele la pena de persecucion? Carece de intereses, y en cuanto á bienestar, creo que el destino se ha encargado de perseguirle mejor que lo que pudiéramos hacerlo nosotros.

—Cierto, pero nos queda un medio eficaz y terrible.

—¿Cuál?

—Mauricio está casado con una mujer que es un verdadero demonio y que le ama á su modo.

—¿Y bien?

—Explotando el mal carácter de esa criatura y excitando sus celos podremos acaso conseguir amargar hasta el extremo los días del traidor.

Ludovico miró absorto á Manuel. Admiraba su disposicion para el mal y se preguntaba á sí mismo si debia secundarle en sus siniestros designios.

—Le repito á vd., señor Velletri, que nunca será tarde para matarle—continuó Manuel, interpretando mal la vacilacion de Ludovico—tentaremos desde luego la persecucion, ¿le parece á vd.?

—Basta que venga de vd. la idea para que la crea buena, señor D. Manuel—contestó Ludovico.

—Es cosa convenida entónces—dijo Manuel levantándose y alargando la mano á Ludovico.

—Convenida—contestó este estrechando la mano del mason y acompañándole hasta la puerta.

LXXVIII.

Trasfiguracion.

Cuando Mauricio volvió de su expedicion á San Cosme, su mujer le recibió con desusada amabilidad. El pintor, poco acostumbrado á semejante recibimiento no sabia qué pensar; creia que su repentina salida de por la mañana habria disgustado á María hasta el grado de producir alguna escena escandalosa á su regreso, y cuando se preparaba á armarse de paciencia con que resistir el choque de la ira de la antigua modelo, esta le preguntó con un acento dulce, al que no se hallaban acostumbrados sus oidos:

—¿A dónde fuiste, Mauricio?

—Me llamaron para hacer un retrato.

—¿Se puede saber de quién?

—Mira el contorno—contestó el pintor desenrollando un gran pedazo de papel en el que se hallaba delineado con lápiz el busto de una persona que parecia dormida.

—¡Una muerta!—exclamó María espantada.